

Demetrio Boersner

Escenario Mundial: Crisis Económica y Guerra

De septiembre a octubre de 2002 tendieron a volverse cada vez más sombríos los diagnósticos y pronósticos de organismos e instituciones internacionales con respecto a la situación y las perspectivas de la economía mundial. Tanto la OCDE como el FMI enmendaron sus pronósticos anteriores en el sentido de un mayor pesimismo.

En todos los mercados financieros importantes, los valores mostraron una ininterrumpida tendencia a la baja. Al mismo tiempo, continuó la onda de desprestigio de las élites dirigentes de los grandes consorcios financieros e industriales de dimensión global o transnacional, a medida que se descubren y se investigan nuevos casos de fraude, de estafa, de enriquecimiento personal desmedido y de crasa incompetencia en sus más altos niveles gerenciales. Ello alienta las críticas al modelo socioeconómico de la globalización neoliberal, tanto por parte de pensadores individuales, como del conjunto de grupos y organizaciones que conforman el movimiento internacional a favor de una mundialización distinta, de signo democrático y solidario.

La crisis económica global sin duda influye, de manera consciente y directa o subconsciente e indirecta, en la política de preparación para la guerra actualmente llevada a cabo por el gobierno conservador, vinculado al mundo de los grandes negocios, del presidente George W. Bush. En primer término, la preocupación por el mercado petrolero se ha incrementado, no sólo por razones de seguridad nacional norteamericana, sino también por el impacto de los precios del crudo sobre los costos de producción en época de recesión. De allí, además de la justa preocupación ante los abusos del peligroso dictador de Irak, el anhelo de controlar y aprovechar las enormes reservas petroleras de ese país y con ello abaratar los crudos a nivel mundial.

Nueva Doctrina: Guerra Unilateral Preventiva

El presidente Bush proclamó, en la última semana de septiembre, una nueva doctrina de seguridad nacional norteamericana. "Trabajaremos", dijo, "con nuestros aliados", pero "para neutralizar o prevenir actos hostiles, los Estados Unidos, si fuere necesario, actuarán como los primeros en hacerse valer' (pre-emptively)". Con ello se ratifica el carácter unilateralista de la actual política exterior estadounidense. Washington no vacilará en lanzar contra el tirano del Eufrates una acción militar unilateral, o acompañada tan sólo por sus fieles aliados británicos, esencialmente en nombre del principio de la legítima defensa. Aunque se ha venido esforzando por obtener la autorización previa de la ONU, está preparada a ir sola, y procurar *a posteriori* la aprobación de la comunidad internacional.

Aparte de la influencia de actitudes e intereses propios del conjunto industrial-militar que rodea a la administración Bush, esta línea dura y unilateralista también refleja el anhelo de complacer a una opinión pública mayoritariamente nacionalista y desconfiada ante el mundo exterior por efecto del trauma del 11 de septiembre de 2001. Están cercanas las elecciones parlamentarias y regionales de noviembre, y el presidente y su partido basan su estrategia electoral en los sentimientos de patriotismo exacerbado.

Esta actitud de una gran potencia decidida a imponer su interés nacional aún por las armas ha causado amplio rechazo en el mundo exterior. A su política belicosa contra Irak se suman otros motivos de irritación: su negativa a aceptar las disposiciones ambientalistas contenidas en el Protocolo de Kioto, y sobre todo, su repudio paranoico a la Corte Penal Internacional, que los nacionalistas aldeanos de EE.UU. miran como una mera "trampa para arrestar y enjuiciar a nuestros muchachos" de las fuerzas norteamericanas estacionadas en el exterior.

El Alemán Feo

El país, normalmente amigo y aliado de Norteamérica, que en el pasado mes chocó más frontalmente con ella a propósito del problema de Irak, fue Alemania. En esa nación tuvo lugar una vehemente lucha electoral y la política internacional figuró entre los temas debatidos. El canciller federal Gerhard Schroeder con su Partido Socialdemócrata y su aliado, el ministro del exterior Joschka Fischer, jefe del Partido Verde, utilizaron el rechazo al belicismo y a la arrogancia estadounidenses como uno de sus principales planteamientos en la campaña comicial.

Lula, esperanza para Brasil

En la segunda vuelta electoral presidencial, Luiz Inácio Lula da Silva triunfó con casi dos tercios de los votos depositados. Este ascenso político de una izquierda no contaminada de resabios estalinistas, sino emanada de un sindicalismo a la vez combativo y democrático, podría representar un acontecimiento esperanzador para Brasil y tal vez para la América Latina en su conjunto.

La globalización neoliberal surgida del Consenso de Washington de 1990-1991 inicialmente fue acogida con entusiasmo por la mayoría de los gobiernos latinoamericanos que en materia de apertura, privatizaciones y ajustes se mostraron "más papistas que el Papa". Pero esa etapa ha llegado a su final: la crisis económica mundial, que se perfila a partir de las caídas bursátiles, las quiebras de grandes empresas y el desprestigio de sectores de la alta gerencia privada transnacional, tiende a fortalecer a los movimientos críticos que, mediante protestas pacíficas y el planteamiento de nuevas ideas, aspiran a transformar la globalización neoliberal en una globalización de contenido democrático y solidario. Dichos movimientos tienen una base de sustentación social particularmente sólida en América Latina, donde los programas de liberalización económica globalista han causado impresionantes aumentos de los índices de pobreza y una acelerada

proletarización de las clases medias.

Lula, y su Partido de los Trabajadores —no comunista sino socialista democrático de izquierda—, representan actualmente el núcleo que en Latinoamérica más activamente promueve la crítica al modelo económico internacional existente. Lo hacen sin actitudes violentas, y están demostrando que entienden perfectamente la necesidad de abrir un camino democrático y gradualista, basado en el diálogo y la negociación con las fuerzas conservadoras y liberales. Saben que pueden coincidir con esas fuerzas en la reafirmación de la identidad nacional-continental suramericana.

Frente a la seriedad de Lula y las perspectivas positivas de su futuro gobierno —de coalición con fuerzas liberal-conservadoras, consciente de la importancia de una continuidad en materia de política exterior, decidido a mejorar la condición de obreros, campesinos y pobres sin expropiar ni desalentar al empresariado—, el ensayo pseudo-"bolivariano" de Hugo Chávez Frías pierde todo interés y queda reducido al nivel de episodio pintoresco. En Brasil surge una izquierda nacional-liberadora y social-transformadora auténtica. Esa izquierda auténtica no puede tener ningún interés en formar algún "eje" estratégico con quien habla el lenguaje del radicalismo estalinoide de hace cuarenta años, a la vez que destruye a la burguesía productora nacional, pauperiza al pueblo, y abre espacios hegemónicos al capital norteamericano y europeo.

Esta realidad ya parece haber sido ponderada por el señor Lucio Gutiérrez, golpista convertido en demócrata en la República de Ecuador. Su afirmación de que él "no es Chávez" fue contundente.